

Alrededor de una mesa de fórmica verde

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.
Alrededor de una mesa de fórmica verde. Prosa poética. 2021.

Domenech, María Tamara
Alrededor de una mesa de fórmica verde / María Tamara Domenech. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-86-9480-1

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

Alrededor de una mesa de fórmica verde es un libro que reúne y recrea las voces de las mujeres con las que me crié.

Madre.

Abuela.

Tía.

Hermana.

Prima.

Mujeres que me vieron nacer, protegieron y ayudaron.

Y nunca me reprimaron el hecho de haberme mudado de ciudad, alejarme de ellas.

Quizá, porque esa trama se parezca a un vestido elastizado en el que caben los cuerpos cercanos, lejanos y los que ya no están.

Si ese vestido se deshilara, por alguna razón, esos hilos serían palabras de las cuales sujetarnos para no caer.

Alrededor de una mesa de fórmica verde recupera momentos vividos en distintas casas, edades y momentos anímicos.

Escucha, superposición y alboroto.

Mi ser está hecho de ellas por eso se las dedico.

Jarrón

Abuela dice: no es que no me guste tu nuevo novio pero no tiene dinero.

Y una mujer sin dinero queda atorada en la casa para toda la vida.

Yo digo: no me pasa eso que decís. También el dinero te atora, las cosas, la incertidumbre de una caricia.

Abuela dice: para qué las querés. Cuatro veces por día se las das a los platos, los muebles, el piso, la cabellera de tus hijos.

Yo digo: ¿esas lo son?

Abuela dice: que no te quepa ninguna duda. Sino cómo explicás que una casa quede reluciente en la oscuridad.

Yo digo: eso lo notás vos o quién.

Abuela dice: yo, vos y cada objeto anota lo que no dejamos pasar desapercibido.

Yo digo: darle a los objetos un lugar. Por qué habría que darles más.

Abuela dice: porque se ensucian, te llenan el aire de polvo. Quedás bajo su guardia.

Yo digo: entonces para qué quiero el dinero si me va a ensuciar el aire o ¿me querrá con un trapo en la mano?

Abuela dice: para que conozcas.

Yo digo: conocer qué.

Abuela dice: el mundo.

Yo digo: el mío, ahora, es este nuevo amor.

Abuela dice: para una mujer que no tuvo escuela, se casó y se miró preciosa todas las mañanas en una pared de azulejos, aceptar eso era volverse loca. Entonces, todas las noches, revolví y saqué dinero de los bolsillos de los pantalones de tu abuelo. Mentí, ahorré y viajé. Eso que no tiene un precio, lo tiene.

Yo digo: ya sé.

Abuela dice: no llegues a vieja sin anécdotas para contar. Serás aburrida. No te centres en vos. Desconfiá. Mirá qué hermoso jarrón traje de Marsella.

Dinero

Madre dice: por eso es imprescindible tener tu propio dinero.

Abuela dice: no sé a qué te referirás con propio.

Madre dice: a que una mujer trabaje y se lo gane.

Abuela dice: propio es darte cuenta que lo tenés que tomar porque te lo ganaste aunque no te lo den.

Madre dice: entiendo.

Abuela dice: yo tuve que hacerme de él porque si no tu padre me deshacía la vida.

Madre dice: quizá no tuviste la oportunidad.

Abuela dice: o no supe cómo tenerla.

Madre dice: es que no nos enseñan a organizar los conflictos sino a remendar la propia voluntad.

Abuela dice: una sociedad con candados en la boca. Por eso me gusta abrirlos y hablar.

Madre dice: en torno a esta mesa verde nos hacemos fuertes.

Abuela dice: o por lo menos un gran favor. Quién te dice que, en otro momento, no sean las mesas, los roperos, las camisas, los palos de escoba, los que después de haber escuchado tanto, expongan en una obra de teatro el entramado inconexo de una relación.

Madre dice: dinero, un auto, pedir fiado.

Abuela dice: y desconfiar.

Madre dice: del estado fijo de las cosas.

Abuela dice: como esta taza de café.

Madre dice: revolver y revolver hasta llegar a un estado camuflado.

Abuela dice: con el tintineo de una cuchara de acero inoxidable contra un contorno de cerámica.

Madre dice: fuerte y claro.

Abuela dice: sin oscilar hasta tomar lo que querés.

Caramelos

Prima dice: estos sí que son riquísimos.

Abuela dice: si seguís así te vas a atragantar.

Prima dice: así, cómo.

Abuela dice: sin respirar, sin masticar, sin saborear.

Prima dice: es que, cuando pruebo algo tan rico, temo quedarme sin tiempo para incorporarlo.

Abuela dice: ese es tu problema, la incorporación. Qué sentido tendría tragar lo que te gusta. Si ves un cuadro, una casa, un paisaje, pensaste en qué te transformarías si los hicieras cuerpo.

Prima dice: abuela, qué decís.

Abuela dice: sigo tu razonamiento.

Prima dice: pero es irracional.

Abuela dice: exacto.

Prima dice: ¿me estás tratando como si lo fuera?

Abuela dice: no, a vos no, a tu manera de interactuar con los caramelos.

Prima dice: por ahí, tenés razón, me parece que tragar me vuelve inconsciente. Es una manera de estar sentada alrededor de esta mesa y de estar en otro lugar, una playa dulce, el agua, la arena, las toallas, mi cuerpo y el de los demás, una imaginación, la forma de olvidar.

Abuela dice: olvidar qué, para qué, por qué.

Prima dice: no sé.

Abuela dice: si fantaseás tanto te olvidarías de vos también. La memoria no es selectiva. Comienza por algo del tamaño de un caramelo y arrastra todo lo demás, las máquinas que revolviaron el azúcar, los inventores del sabor, la calle del quiosco donde los compraste. Desciende en la mente una cortina blanca que protege del polvo muebles viejos. Yo no quiero que te vuelvas un mueble. Por eso, dejá lo que estás comiendo, vení y abrazame.

Prima dice: esperá que me limpio la boca, no quiero dejarte la cara pegoteada.

Por qué hacer tanto

Tía dice: ay querida, dejá de moverte todo el tiempo. Parece que hubieras perdido algo, ¿no lo encontrás?

Yo digo: ¿te parece que es así?

Tía dice: revoloteando. Inquieta. Qué buscás.

Yo digo: cosas para hacer. Toda la tarde, el día, los sábados, la vida, sentada alrededor de la mesa, estoy aturdida.

Tía dice: y qué se supone que te sacaría del tedio ¿una persona, una comida, un regalo?

Yo digo: cualquier de esas cosas me vendría bien. Sería probar algo distante, distinto.

Tía dice: ¿te aburrimos?

Yo digo: a veces, la repetición de los temas de conversación, uno tras otro, es sacar la misma ropa que tenemos en los cajones, prestárnosla con los ojos cerrados y, al abrirlos, desfilan como si fuéramos la otra.

Tía dice: qué graciosa. Y qué más querés, que estemos para esos mínimos movimientos acaso, ¿no son así las novedades?

Yo digo: es que quiero ropa nueva, salir de la casa, que pase algo, ahí afuera.

Tía dice: andá, nadie te lo impide. Yo me pregunto, qué, cuánto más, qué peso tendría lo que buscás.

Yo digo: ¿el de un buque? ¿un tapado? ¿un trabajo?

Tía dice: para eso ya tendrías edad, pero conociéndote, a los dos días... terminarías reventada.

Yo digo: por qué decís algo así.

Tía dice: por tu falta de previsión, conocer los límites que separan tus ideas del cuerpo de los demás.

Yo digo: tenés razón. En qué consiste querer de manera medida.

Tía dice: imitar el aleteo de las abejas, no son confianzudas, están atentas, o hacer como si señalaras algo hermoso que pasa atrás, alrededor, enfrente tuyo. Teniendo cuidado de no

llevártelo por delante. Sino solamente percatar su desaparición, te darías la posibilidad de cosas efímeras y seguras como probar esta factura.

Otoño

Prima dice: siento que estoy cambiando de sangre, de vida.

Hermana dice: me parece que estás exagerando.

Prima dice: si no exagerás un poco, gracias a la elasticidad de las palabras, ellas te terminan asfixiando a vos, como si fueran una media de nylon, te roban la cabeza.

Hermana dice: qué decís.

Prima dice: lo que escuchás.

Hermana dice: no te entiendo.

Prima dice: yo por suerte sí, es la primera vez, hice un esfuerzo.

Hermana dice: sé más explícita.

Prima dice: lo eché de casa, no daba para más. Terminé creyendo que lo que vivía era el amor.

Hermana dice: y qué es el amor.

Prima dice: lo que de momento, no soporto más que sea.

Hermana dice: no tenemos 15 años, ¿no estarás idealizando?

Prima dice: ojalá, si es así, bienvenido sea.

Hermana dice: hoy decís esto y mañana te vas a dar cuenta que una mujer sola con un trabajo, dos chicxs y una casa es una batalla.

Prima dice: ya me organizaré.

Hermana dice: para criar hace faltan los vivos, los muertos, los mitad y mitad.

Prima dice: no me quiero acostumbrar a una familia zombi.

Hermana dice: nadie lo quiere pero el amor es el otoño, un árbol bien plantado al que se le secan las hojas.

Prima dice: yo quiero flores.

Hermana dice: compralas, es más barato que pagar una escuela, un transporte escolar, una señora que cuide a lxs chicxs cuando no estás.

Prima dice: hablás como resentida, abandonada.

Hermana dice: puede ser pero sola no es libre, pensaste en cuántas personas más se necesitan para un amor de verdad.

Cárcel o capullo

Madre dice: te pido perdón por el padre que te di.

Yo digo: el que tiene que pedir perdón es él porque se fue. Vos siempre te quedaste. Una planta de margaritas que, al mínimo contacto con el agua y el sol se afianza, multiplica y crece.

Abuela dice: las veo a las dos. Qué gran dolor.

Madre dice: hice lo que pude. Nunca me interpose. Tenían un padre. No les oculté la cara. De grandes se iban a dar cuenta solas.

Abuela dice: ese fue tu error. Te tendrías que haber convertido en un ropero que impide el paso, e impedir que se abriera la puerta de tu casa para darle las chicas a un sinvergüenza.

Yo digo: no es para tanto. A cualquiera le puede pasar enamorarse de otra persona e irse de donde está.

Madre dice: deja un hueco enorme.

Yo digo: que llenaste con tierra, esparciste semillas, regaste y, ahora, mirá qué hermoso jardín.

Abuela dice: a ver, hace mucho que no me lo mostrás, salgamos afuera. Tu persistencia por las plantas me enamora. Tendrías que haber seguido por ahí, el noviazgo, el casamiento y los hijos son lo más parecido a las raíces enrevesadas que a las direcciones rectas. Nunca le des el tuyo a un único amor.

Madre dice: nadie nos enseña a amar.

Yo digo: por ahí la abuela tiene razón. Hay que aprender de las plantas. Son un milagro cultivado. Requieren de un cuidado enorme con el propósito de que aprendamos a contemplar el estallido del color, la duración de la vida en un pétalo.

Abuela dice: por eso le digo a tu madre que no vaya directo al otro, no va a encontrar nada, excepto penumbra, el corazón te lo dimos para vos, no se comparte con nadie.

Madre dice: qué decís.

Abuela dice: lo que escuchaste. A un amor le das una palabra, una comida, tu sexo, un paisaje pero nunca tu corazón.

Yo digo: ¿estás insinuando que solo existe en la distancia?

Abuela dice: con distancia, no me malinterpretes.

Madre dice: eso lo decís porque nunca te enamoraste.

Abuela dice: querida, lo quiero decir es que si te enamoraste, sonaste. Después estás sola con todo el dolor.

Madre dice: a no ser, que...

Yo digo: qué.

Madre dice: que pudiera encarcelarlo.

Abuela dice: a quién, ¿al amor o al dolor?

Madre dice: al dolor.

Yo digo: sería construir una celda para un insecto, se escaparía por las mínimas ranuras.

Madre dice: te equivocas. Digo de realizarla en un capullo de rosa.

Abuela dice: no sé qué hice para tener una familia con dos desquiciadas.

Madre dice: vivir como un poste de luz en un callejón sin salida.

Abuela dice: y qué harías. Cómo.

Madre dice: fácil. Deposito mi pena y la de mis hijas aquí. Vengan, acérquense al rosal.

Y con savia pegajosa de los árboles cierro el capullo. Es una imaginación voraz. Inmóvil. Subcutánea. La siento.

Yo digo: y después qué.

Madre dice: nada más que dejarlo ahí, sólo, quizá se pudra.

Abuela dice: cae al suelo y te envenena toda la tierra, el pasto ¿vos te creés tan viva?

Madre dice: sí y no. Cerquemos una parcela del dolor en el jardín, en el que observar si no crece, si crece algo, qué es.

Abuela dice: sería seguir expectante de quién te dejó. Mejor, hagamos una fogata ya mismo, prendámosle fuego al capullo en el que decís, están tus llantos.

Yo digo: hagamos lo que dice la abuela.

Madre dice: está bien. Traigan los fósforos.

Abuela dice: andá vos que sos la más joven.

Madre dice: dejá que voy yo, no sé dónde los dejé, estuve fumando.

Abuela dice: vayan las dos, yo me encargo de cuidar que no se escape tu sentimiento, no vaya a ser cosa que haga desmadres.

Yo digo: tomá, acá trajimos la caja.

Madre dice: encendé uno a ver qué pasa.

Abuela dice: sos un peligro. Date cuenta, no pasa nada. No esperes más.

Yo digo: dale, prendé.

Abuela dice: ahí voy. Qué chispa.

Madre dice: ¿vieron eso?

Abuela dice: qué fue.

Madre dice: la llama, cómo en un segundo el capullo rosado quedó hecho trizas negras en el suelo.

Abuela dice: es mejor, polvo en esta parcela que nunca más lo verás.

Yo digo: miren quién nace.

Abuela dice: qué cosas decís.

Madre dice: te dije, nada con el dolor parece seguro.

Abuela dice: te pasa por enamorarte. Un tallo gigante te quiere para sí.

Yo digo: hagamos fuerza para que baje a madre de donde se la quiere llevar.

Abuela dice: traé la pala, el rastrillo, la tijera de podar.

Y cortamos las dos, madre cae al piso y en el aire vemos cómo la planta, desarraigada de nuestra tierra, dibuja en el aire la palabra adiós.

Encendedor

Tía dice: la primera vez que abracé fuerte temí.

Prima dice: qué decís, por qué, me hacés reír.

Tía dice: lo que tu padre tenía entre las piernas, sentí un encendedor que me quemaba.

Prima dice: ¿me estás cargando?

Tía dice: para nada. El cuerpo de tu padre es el único que conocí.

Prima dice: querrás decir su pene.

Tía dice: no me animo a esa palabra, prefiero la confusión.

Prima dice: tu equívoco te presta a cualquier cosa.

Tía dice: esa serás vos, tu mente que te lleva a un lugar en el que yo no estaba.

Prima dice: pero ese día te hiciste la distraída o le preguntaste algo.

Tía dice: nada. Dudas. Besos.

Prima dice: ah te diste cuenta sola, con el correr del tiempo.

Tía dice: sí y no porque si hubiera confiado en esa imagen que había tenido el primer día hubiera evitado lo que pasó después. Un encendedor es algo útil, llamativo, hermoso, macizo, mal usado es un peligro.

Prima dice: ¿te arrepentiste de habernos tenido?

Tía dice: no y sí, no era compatible el deseo de tu padre, con la crianza y mi cuerpo entre esas dos demandas. Muchas veces me sentí triste, tonta, avergonzada.

Prima dice: si en vez de un pene, papá, hubiese tenido un mechero hubiera servido para alumbrar donde tus ojos estaban y se desviaban.

Tía dice: ¿será por eso que me encanta fumar? Algo tengo con el fuego. La necesidad de que pequeñas chispas festejen los días como un eterno cumpleaños.

Prima dice: qué lástima que entre papá y vos no hayan existido palabras.

Tía dice: sólo cuerpos.

Prima dice: y el de los hijos entre, el silencio, de los dos.

Tarta de frutillas

Hermana dice: contame cómo hiciste la tarta de frutillas que te salió riquísima.

Tía dice: ¿en serio?

Hermana dice: ¡te juro por este manjar!

Tía dice: no creo que sea para tanto.

Hermana dice: creétela, se hizo una fiesta mi boca.

Tía dice: la masa es como la de cualquier otra, manteca, azúcar y harina. Luego mezclás. Después, la distribuís en una tartera y la precalentás en el horno. Cuando la sacás, le agregás un pote de crema chantillí, previamente batida, medio kilo de frutillas cortadas y desparramáis medio litro de gelatina sin sabor para que una lo que, simplemente, está dispuesto.

Hermana dice: qué trabajo.

Tía dice: es el único que me gusta hacer. Y mirar por la ventana: el pasto, la perra, la piscina. Esa parte de mi casa es la parte linda de mi familia.

Hermana dice: por qué lo decís.

Tía dice: porque si veo los cuartos, el living, el baño, hasta la propia cocina, veo a mi familia destruida.

Hermana dice: ¿será porque en la pileta cada uno nada, juega y no se presta a la pelea?

Tía dice: la verdad es que no sé. De lo que estoy segura es que cuando miro hacia afuera cocino sin ver lo que pelo, corto, mezclo. Es como si fuera ciega y sabia a la vez.

Hermana dice: ¿nunca te cortaste un dedo, manchaste de más la mesada, te tropezaste?

Tía dice: nunca. Ese jardín sostiene una esperanza.

Hermana dice: con forma de frutilla.

Tía dice: de la vida, roja, fruta y de una maceta rota porque creció la planta y hay que comprar otra.

Hermana dice: ¿otra familia?

Tía dice: o una torta, algo fácil, que tengas que elegir en el mostrador de cualquier confitería.

No la tengas a upa, no te acostumbres

Abuela dice: no le hagas tanto upa que se va a acostumbrar.

Yo digo: si la deajo en el cochecito llora.

Abuela dice: dejala llorar.

Yo digo: ¿estás loca?

Abuela dice: no le estás haciendo un bien y, a vos, tampoco. Su cuerpo será tu propia cárcel, vas a ver lo que te digo.

Yo digo: ¿una cárcel?

Abuela dice: sí, la seguridad que da un cuerpo no la da nada nada más.

Yo digo: será un tiempo.

Abuela dice: un día, una semana, un mes, un año son la eternidad.

Yo digo: tus palabras me lastiman.

Abuela dice: yo pensé que te iban a liberar.

Yo digo: cómo liberaría algo que causa dolor.

Abuela dice: querida, sin dolor no hay libertad, ¿me lo vas a decir a mí, que mis padres vinieron, con una mano atrás y otra adelante, escapando de la guerra?

Yo digo: no podés comparar una guerra con un bebé.

Abuela dice: sí, es un ejemplo extraordinario, ¿sabés toda la familia que tuvimos que dejar para sobrevivir?

Yo digo: supongo.

Abuela dice: no lo entenderías. Que nunca le pase nada malo a los seres queridos, yo rezo pero no toco, ni sostengo ni agarro.

Yo digo: no querés encariñarte.

Abuela dice: Imaginate aferrarte a un cuerpo y nunca más volver a verlo. No lo soportaría.

Me moriría de dolor.

Pelea de hermanas

Madre dice: no sé de qué te quejás, si siempre me hago cargo yo de papá.

Tía dice: no seas hiriente. Yo siempre te defendí. Lo que no pude fue defenderme de mí misma.

Madre dice: qué decís. No cambies el tema.

Tía dice: vos sos más decidida por eso dejé que las tomaras.

Madre dice: siempre te refugiás en las palabras, en los lamentos, nunca una acción porque sos fiaca.

Tía dice: es que no sé para dónde ir, qué cosa es mejor que otra, cómo llegar donde tendría que haberme propuesto.

Madre dice: te pido, no sé, hacer una comida e invitarlo a tu padre para festejar su día y, por qué no a mí también que sabés estoy sola.

Tía dice: no te pongas así. Seguro no lo hice antes, no lo hago ahora ni lo haré porque mi casa es un despelote. Una familia de cerámica. Nunca sentí que podía. Cualquier decisión que tomara podía afectar cada una de las piezas, rompiéndolas o derritiéndolas como si mi boca fuera un horno y mis palabras emanaciones de calor.

Madre dice: siempre de un lado al otro, busco a papá, lo siento en torno a la mesa, le pongo la cuchara en la mano, lo obligo a usar servilleta, le propongo que descanse, que pinte un banquito, se distraiga, le lavo las manos con aguarrás, lo ayudo a subirse al auto, le doy un beso y espero que lo reciba una enfermera. Volver a casa siempre es de noche.

Tía dice: qué más querés que estar sola, fumar mirando una planta, la luna, tus manos que trabajaron todo el día. Yo cuando me veo las manos no veo nada. El tiempo no pasa. A veces, no sé si seré transparente.

Madre dice: ¿me estás cargando?

Tía dice: para nada.

Madre dice: siempre te salís con la tuya.

Tía dice: me encantaría justificarme de algo, sería haber elegido otra cosa, que no fuera lo que se esperaba de mí. Pero yo no puedo elegir. Sigo caminos trazados por otros que tienen ideas, más ganas, más fuerza.

Desagradecida

Hermana dice: no pienso como vos. Para mí, no ves lo que él hizo, desagradecés.

Yo digo: para mí lo que él hizo es cómodo. Criar a un hijo desde un sillón con control remoto.

Hermana dice: qué.

Yo digo: si vos llamás por teléfono y la otra persona te atiende con un hilo de voz, caída, insulsa o no, es la voz de tu hijo. Tenés que hacer algo. Salí de donde estés y levantala.

Hermana dice: no tenés un año, que te andes tropezando por ahí y haya que levantarte para que sigas probando a ver si podés sola.

Yo digo: cuando tenés un hijo tenés que acostumbrarte a los tropiezos constantes. Si duerme. Si come. Si camina. Si hace la tarea. Si tiene un trabajo, amigos, una persona que lo quiera. Una casa. Si tu hijo es feliz.

Hermana dice: sos una demanda infinita.

Yo digo: yo no. un hijo.

Hermana dice: ¿no te acordás de todos los regalos que nos hizo, las cartas?

Yo digo: que dejó en la puerta. Ser alguien que quiere es atravesar el umbral.

Hermana dice: un hombre no es una arcada que comienza en un lugar y termina en la otra punta del cielo.

Yo digo: alguien que tiene dos familias, tres o las que quiera, tiene que ser un arcoíris multiplicado.

Hermana dice: fantasía.

Yo digo: realidad.

Hermana dice: no te bastan las palabras, los envoltorios, las miniaturas.

Yo digo: no.

Hermana dice: con todo eso podrías inventarte una corona, un círculo, un camino para volver a verlo.

Yo digo: eso es cartón, madera, oscuridad. Yo quiero colores.

Hermana dice: pero también desaparecen.

Yo digo: sí, pero vuelven a salir cada vez que el agua se condensa hecha una furia y empapa las ciudades con algo que es su propio cuerpo.

De tenerte cerca no saber si animarme

Prima dice: no sabés la bronca que me daba cuando éramos chicos. Todo para él y para mí qué, quiénes estaban para mí.

Tía dice: tenés que entender que él nos necesitaba.

Prima dice: y yo qué. Todo el día sola. Me entretenía con lo que veía. A ustedes no, ya no quiero ni verlos. El odio es un oído desatendido.

Tía dice: nunca lo consentimos pero tu hermano requería de ciertos cuidados: los médicos, los remedios. Saber cómo dormía a la noche.

Prima dice: hubo momentos en los que pensé que la vida era mejor enferma, para qué quería estar sana si nadie me preguntaba, hablaba, ni siquiera me mandaban.

Tía dice: a mí, me bastaba tu carita, tus saltos, los inventos para no creer que la infancia era un accidente que dejaba paralizada a toda una familia.

Prima dice: pero no fue así. En torno a él hablaban, gritaban, discutían.

Tía dice: lo de tu hermano nos tomó por sorpresa.

Prima dice: pero tendrían que haber hecho lo que la palabra significa. Es algo que dura un momento breve y después pasa otra cosa.

Tía dice: no me reproches. Tuve una vida que no se la deseo a nadie, menos a vos, que te merecés cosas lindas, las más preciosas. Qué te gustaría que te pasara.

Prima dice: lo que quería ya pasó. Ahora la verdad es que no sé. A veces, pienso si él estuviera cerca si me animaría a decirle algo, qué sería, ¿le dolería?

Tía dice: donde esté, si alguna vez necesitás, hacelo. Es mejor así que seguir una vida callada.

Prima dice: prefiero enojarme con vos.

Tía dice: quizá este sea nuestro tiempo.

Prima dice: es que yo te quería cuando él también estaba.

Tía dice: todo no se puede.

Prima dice: qué difícil es aceptar lo poco que se puede, a veces.

Ojos de víbora

Abuela dice: ¿me vas a decir a mí que esa chica, que vino el otro día, es tu amiga?

Yo digo: sí. Por qué, qué pasa, ¿algo malo?

Abuela dice: todo.

Yo digo: si ella no lo es.

Abuela dice: lo es y no te das cuenta.

Yo digo: por qué lo decís.

Abuela dice: si vieras cómo te miraba.

Yo digo: cómo.

Abuela dice: con los ojos de una víbora pura envidia.

Yo digo: qué decís.

Abuela dice: daría cualquier cosa para que vieras lo que yo vi. Tu amiga te daría miedo.

Yo digo: miedo no me da, por algo estoy con ella todo el día.

Abuela dice: tendrías que darte cuenta que estar, con una persona todo el día, no te garantiza verla. Es más, cuanto más estás con una persona más hacés y menos la ves. Sus ojos, mientras que vos hablabas, los de ella se cerraban. No te soportaba.

Yo digo: puede ser. Hay algo en ella que tampoco me termina de cerrar.

Abuela dice: es el filo de su pupila. Te la clava.

Yo digo: no puede ser para tanto.

Abuela dice: lo es. La envidia tuerce caminos. Sería mejor que te alejes.

Yo digo: es que hay algo en ella que me atrapa.

Abuela dice: su veneno.

Yo digo: ¿no será su música, su andar?

Abuela dice: es lo mismo. Ella se alimenta de tu libertad.

Yo digo: y para qué le serviría.

Abuela dice: para dejar de ser una arrastrada.

Una amiga

Madre dice: para contar a los verdaderos amigos te sobran los dedos de una mano.

Yo digo: cuántos amigos tenés.

Madre dice: tres.

Yo digo: quiénes, por qué.

Madre dice: Alicia porque me conoció en el peor momento de mi vida y me trató como si fuera una princesa; María porque, cada vez que me llama, me pregunta por ustedes y Amalia porque, cada vez que pasa por la puerta de casa, golpea la puerta, si estoy se toma un vino, sino deja una ramita en el picaporte en señal de que ella pasó por si pasaba algo.

Yo digo: una flor chiquita que un niño coloca en una cubetera de plástico con agua, una madre, sin saber, dispone en el congelador, cuando necesita hielo, la florcita congelada cae a un vaso, flota por un tiempo hasta que se deshela y, otra persona al llevársela a la boca, en vez de tragarla, se la saca suavemente y la deposita en el borde de un plato o sobre una servilleta. Eso sería una amiga, alguien que salva lo que otros tragan o dejan pasar.

Madre dice: exacto.

Yo digo: como un familiar especial con el que no nos da vergüenza eructar, desvestirnos, vomitar, llorar.

Madre dice: así es.

Yo digo: amiga no es una visita.

Madre dice: no, es un largo estar, parecido a un fluido de silencio, risas y palabrotas.

Yo digo: entonces tengo una única amiga. ¿Te acordás el día que te conté que estaba asustada y me hice pis encima? ya era grande, ya era madre. Y paré un taxi sin saber adónde ir. Y la llamé a ella y, como no entendía lo que le decía, me preguntó si podía tomar un taxi, sin saber que yo ya estaba en uno y me pidió que le pasara el teléfono al chófer. Yo se lo di y ella le pasó la dirección de su casa para que me llevara. Luego, me dijo, ya está todo solucionado. Recién ahí respiré mejor y llamé a la escuela para decir que esa tarde iba el padre a buscar a lxs chicxs.

Madre dice: Muy pocas personas toman de la mano las respuestas a las preguntas que se animaron a realizar.

Por qué no sos cuidadosa con la ropa

Madre dice: no entiendo por qué no sos cuidadosa.

Tía dice: por qué lo decís.

Madre dice: por tu fanatismo por la lavandina. Te arruinaste toda la ropa.

Tía dice: para mí la lavandina crea ruinas, lugares ancestrales, reliquias, paisajes que no existen en los mapas.

Madre dice: no puedo escucharte.

Tía dice: problema tuyo. Yo, simplemente, te contesto.

Madre dice: ¿me vas a decir que no sabés distinguir una camisa que te salió fortuna a un trapo rejilla, común, con el que repasás el baño?

Tía dice: distingo perfectamente pero trato las telas por igual. No soy salvaje.

Madre dice: qué pena. Cada vez que te ayudo a doblar. Todo tiene salpicones, líneas, agujeros.

Tía dice: el otro día, me pasó con un trapo rosado, lo estrené para limpiar y, cuando terminé, quedó un paisaje blanco y la marca de mis dedos negros. Me transportó.

Madre dice: adónde.

Tía dice: por un momento, imaginé las playas griegas. La arena clara, yo en bikini, con un sombrero de paja, anteojos de sol y sandalias con pequeñas piedras.

Madre dice: tendríamos que viajar. Ojalá, algún día, podamos.

Tía dice: después se puso oscuro de golpe. No sé si fue por baja presión, estuve mucho tiempo agachada y, entiendo, me levanté de prisa. Me senté en un banquito y vi pequeñas estrellas. Me pareció que eran las piedras desprendidas de los zapatos como un augurio.

Madre dice: ¿será?

Tía dice: lo que más me gustaría en la vida sería viajar con vos.

Conducir la vida como si fuera agua

Tía dice: me gustaría conducir la vida como cuando baldeo, primero con una escoba y luego, con un secador arrastro, doy directivas y el agua me hace caso: “pasá por ese lugar seco, ahora por aquel otro” y queda una superficie impecable que piso.

Abuela dice: creés que es simple pero pocos saben la fuerza que tenés que hacer con los brazos. No sé quién inventó los instrumentos de limpieza, son una tortura. Engañan. Ves simples palos delgados y, cuando los agarrás, como ellos sin vos no saben hacer nada, tenés que imponerte, hacer una fuerza bárbara. De policía.

Tía dice: no lo siento tan así. Cuando baldeo hay algo de mi ser que se ordena. Vamos palo, cabeza y agua por el mismo camino.

Abuela dice: y dónde terminás, en el cordón de la vereda, en la calle, en una cañería.

Tía dice: quizá. No había reparado en eso. Pensar me produce una pena enorme, por eso prefiero andar, convierte mi mente en una sirena que nada en las profundidades del océano.

Abuela dice: dejá las hadas. Por qué no hacés un curso, no sé, pintura.

Tía dice: el año pasado probé pero dejé. Lo que, al principio, me parecía limpio me terminó enchastrando. Muchas decisiones hay que tomar para pintar. Qué materiales, cuándo aguantar la respiración para el detalle, si imitar un paisaje o cómo sería calcar tus sentimientos. El curso me llevó a vivir equivocada. La primera vez que tomé un pincel me pareció que cualquier trazo, dirección y color era parecido a un planteo. El problema es que la pintura no resuelve, te genera más preguntas, moscas que se posan en el cuerpo como si fueras carne podrida.

Abuela dice: no me habías contado lo del curso.

Tía dice: por qué tendría que contarte todo.

Abuela dice: porque soy tu madre.

Tía dice: se ve que no me funcionó por eso te lo conté.

Abuela dice: es al revés. Cuando algo no funciona tenés que hacerlo hablar sino queda un escollo, algo trabado, como restos de masitas en un plato que quedó olvidado en un rincón de la casa, durante muchos años, después de un cumpleaños.

Tía dice: entonces, la pintura sería una reconciliación o la aparición de una sensación modificada por el paso del tiempo.

Adivinación

Abuela dice: querida salí rápido para mirar lo que encontré en el cantero de adelante.

Madre dice: gritaste y me asusté. Qué es.

Abuela dice: un gualicho.

Madre dice: me da impresión.

Abuela dice: no es para menos. Hay mentes retorcidas sino cómo explicás estos yuyos macerados dentro de una bota infantil, negra, de goma.

Madre dice: no me lo explico.

Abuela dice: el mal no tiene explicación.

Madre dice: pero quién querría hacernos daño.

Abuela dice: cualquier persona que piense con forma de raíz, te hunde en la tierra. Por eso, nunca cuentes cómo te va. Son pocas las personas que te quieren bien.

Madre dice: y qué vamos a hacer, ¿tirlarla, quemarla?

Abuela dice: con esto hay que tener un cuidado cirujano, es el filo de un patín, un corazón de hielo.

Madre dice: voy a traer una bolsa así la ponemos dentro.

Abuela dice: vamos a ir a caminar para dejarla en una zanja cercana, así se la lleva un hilo de agua. Será un bote que llegará al río deshecho. Démosle tiempo.

Madre dice: ¿y no podrá contaminar a alguien más?

Abuela dice: tenemos que concentrarnos en otras preguntas. Por ejemplo, quién vino hasta la puerta de tu casa, estacionó un auto, se bajó, miró para los costados a ver si pasaba alguien, dejó el paquete escondido entre las plantas, subió al auto y arrancó. Necesitamos saber quién fue.

Madre dice: y cómo nos vamos a dar cuenta. Mejor dejémoslo pasar.

Abuela dice: en cualquier casa pasan cosas, el problema es dejarlas pasar.

Madre dice: ¿pensar en quiénes nos hacen mal nos va a hacer bien?

Abuela dice: exacto. Diste en el clavo.

El corazón de una manzana

Hermana dice: no quiero escuchar tu discurso de madre abnegada.

Madre dice: mirá quién habla. Es tan fácil criticar a quien te cuidó, dió de comer, llevó a los médicos, a los colegios, a los bailes, a todos lados. Si no hubiese sido por mí, contame dónde estarías ahora.

Hermana dice: qué pretendés, ¿que te agradezca?

Madre dice: eso jamás. Un hijo es el deseo más egoísta que tienen los seres humanos. Si ustedes no piden nacer. En mi caso fue un deseo maternal y sexual a la vez. Después es un gran trabajo. Traer un hijo es lo más difícil del mundo. Sabelo. Más que obtener títulos, hacer carrera, estar fuera de tu casa 8 horas por día, estudiar otra lengua. Un hijo es una eterna pregunta.

Hermana dice: por eso. Por qué te molesta tanto que te pregunte, contestás, a veces, como si fueras la virgen maría y la verdad es que nunca dejaste de hacer nada por nosotras.

Madre dice: pero perdoname, vos qué te pensaste, ¿qué ser madre es la esclavitud?

Hermana dice: son tus palabras.

Madre dice: es lo que escuchás.

Hermana dice: lo escucho de vos o sos la virgen que se presenta en esta cocina, cada vez que te vengo a visitar.

Madre dice: qué difícil se me hace hablar con vos. Es la religión. Una entelequia.

Hermana dice: si dijeras, nunca me privé de nada.

Madre dice: te lo digo, qué problema tendría de gritarlo a los cuatro vientos. Lo repito. Tuve el trabajo que quise. Los novios que quise. Los amantes que quise. El vino que quise. Los cigarrillos que quise. Después de haber querido cosas y seres que se fueron. Me reafirmé en cada uno de los días como, quizá a tu edad, ya tendrías que hacer vos. ¿No te parece?

Hermana dice: estamos hablando de vos.

Madre dice: cuando uno habla y el otro escucha, el que escuchaba comienza a hablar y el que hablaba escucha, son dos personas. Fijate los gusanos en las manzanas. Todos al verlos dicen qué asco. Pero quiénes se preguntan si en su corazón de manzana no sentía

una compañía. A eso voy. A que la vida no es simple. A veces, me gustaría que me entendieras sin tenerme que explicar.

Entendida

Prima dice: ya te voy a presentar a mi novio, le voy a decir que venga algún día a conocerte.

Abuela dice: ¿me viste cara de tonta? Yo sé que me mentís. Cuando te pregunto por tu novio es para que te animes a tenerlo no a traerlo.

Prima dice: para qué lo quiero.

Abuela dice: para que te saque a pasear, charlen, te haga sentir linda.

Prima dice: no necesito nada de eso.

Abuela dice: y qué esperarás, que los caramelos te hagan sentir su novia.

Prima dice: me encantaría. Una súper golosina que conduzca un auto, me lleve del brazo a comprar ropa, se acueste conmigo y me abrace.

Abuela dice: dejá de asquerosear. Acordate del dicho: “una chica que quiere a dos no es tonta sino entendida, cuando una vela se le apaga la otra le queda encendida”.

Prima dice: ¡qué vivaracha sos!

Abuela dice: siempre. Yo tuve un esposo o sea, tu abuelo, pero a quien amé nunca lo conocieron.

Prima dice: y para qué te casaste.

Abuela dice: porque un día, al que amaba dejé de verlo. Tuve dos amores no correspondidos. Una vida amorosa equivocada. Pero para vos quiero algo mejor. Pensá. Salí. Mirá. Con qué chico te gustaría estar.

Prima dice: no tengo apuro.

Abuela dice: yo sí. Me encantaría verte con alguien que te quiera mucho, verte feliz.

Prima dice: es muy complicado lo que contás. Prefiero besar dulces.

Abuela dice: y yo voy a seguir rezando para que cambies un dulce por otro que tenga la dimensión humana.

Compañía, a veces

Yo digo: el chorro de la canilla en una cacerola crea decenas de burbujas que, al cerrarla, desaparecen.

Madre dice: se comportan como la visita. Si una pone la casa, la mesa, cocina, sirve, levanta, lava los platos y trapea el piso, las personas vienen. Sino la compañía no está.

Yo digo: me pregunto sobre el esfuerzo ¿no estaremos queriendo disfraz a los invitados?

Madre dice: les ponemos nuestra ropa, accesorios, nuestro ánimo, la sonrisa.

Yo digo: qué pasaría si, en vez de abrir la canilla, la cerráramos. Sería una manera de quedarnos en silencio.

Madre dice: enloquecería.

Yo digo: mi mente me llevaría a un hospital, a dar un examen, a la antesala de un cumpleaños, cuando una no sabe quiénes vendrán, si se acordarán de la fecha, si se quedarán o si se irán enseguida.

Madre dice: el amor es un compromiso. El silencio, un inconveniente.

Yo digo: pienso en qué pasaría si, en vez de recibir a otros, nos preparáramos para nosotras mismas.

Madre dice: sería hacer música para nadie. Escribir una carta y no enviarla. No sé. Perder la esperanza. La desesperación.

Yo digo: o no. quizá sea bailar solas frente a un espejo de fantasía.

Madre dice: como si los invitados nos hubiesen mirado todo este tiempo porque conducíamos sus ojos.

Yo digo: exacto. También sus bocas y sus narices. Si no, no comprendo porque somos siempre las mismas las que trabajamos.

Madre dice: porque queremos la vida, festejándola.

Yo digo: pero quedamos exhaustas.

Madre dice: qué tal si bailamos.

Yo digo: me encanta. El latido de dos corazones ya hace un ritmo.

Acorralada por un trabajo

Tía dice: te ves furiosa.

Madre dice: y, qué te pensás, no es para menos. Fui a pedir trabajo para tu hija y terminé acorralada por mi jefe entre el escritorio y la pared. Te juro qué no sé si llorar, festejar o romper, el problema es qué.

Tía dice: estos desgraciados. No lo puedo creer, qué te hizo, cómo hiciste para escapar.

Madre dice: me concentré en la imagen de una araña con patas delgadas y finas que debe agrandarlas para pasar por sobre un cuerpo y huír.

Tía dice: y qué pasó antes o después.

Madre dice: le pedí, vengo por mi sobrina, ella es joven y necesita trabajar y, ahí nomás, me empezó a avanzar. Desde el ángulo en el que estaba sólo veía el lapicero.

Tía dice: haber llegado con la mano y le clavabas una en el ojo, en la espalda.

Madre dice: y terminaba despedida y sin el trabajo para tu hija.

Tía dice: antes de lo que vos viviste yo hubiese preferido la muerte.

Madre dice: no podés pensar así.

Tía dice: así cómo.

Madre dice: como una birrome que se queda sin cartucho. Tenés que levantarte, comprar otro y cambiarlo.

Tía dice: yo le hubiera apuntado. Una pistola hecha de biromes. Un rifle hecho de gomas de borrar. Atarle los labios con gomitas como si fuera dinero que queda, por un largo tiempo, encerrado en una caja fuerte.

Madre dice: sabés muy bien que íbamos a salir perdiendo. Hay hombres que creen que los contratos laborales se firman con el pene.

Tía dice: decime que no te hizo nada malo.

Madre dice: pude correr mi cara de lugar, aunque, el cuerpo había quedado petrificado en un rincón. No sé cómo hice. Me desdoblé.

Tía dice: ¿lo conseguiste?

Madre dice: ¿y a vos qué te parece?

Tía dice: qué sí.

Madre dice: me debés una.

Montaña de tostadas

Abuela dice: ¿vas a dejar que se lleve esa montaña de tostadas a la cama?

Madre dice: sí, cuál es el problema.

Abuela dice: ¿no te das cuenta que le tapa la cara?

Madre dice: sus ojos detrás de un agujero de pan, a medida que lo coma, sabrán si lo que ven es lo que quieren.

Abuela dice: no podés dejar que la comida sea un disfraz. No es lo mismo sacarte un par de anteojos, una corbata, una capa que miles de partículas de harina del cuerpo. No permitas que engorde.

Madre dice: la vida no es una recta perfecta. Al contrario, si, en cambio de dirigirnos unos a los otros por un único camino, dejáramos que cada quien haga, coma, hable de lo que tenga ganas sería la libertad.

Abuela dice: eso es abandono. Yo no la veo bien y, ahora que lo pienso, a vos tampoco. Cómo podés dejar al mando de una panera el destino de tu hija.

Madre dice: no es para tanto, dejá que pruebe, se entretenga, se deleite.

Abuela dice: no en una acción en la que sólo tenga que mover su boca.

Madre dice: la masticación requiere de múltiples funciones y partes. Morder. Degustar. Triturar. Tragar. Los dientes, las muelas, la lengua, el paladar, la saliva.

Abuela dice: no me lo expliques como si, vos frente a ella, hubieras descubierto un método de investigación.

Madre dice: lo es.

Abuela dice: mentís para no hacerte responsable.

Madre dice: la dejo para que ella decida.

Abuela dice: llegar a ese límite podría llevarle años.

Madre dice: como todo saber. Darle un edificio de tostadas para que se conozca.

Abuela dice: si engorda se va a desconocer.

Madre dice: que no es más que conocerse de otra manera.

Abuela dice: más triste.

Madre dice: armoniosa, si dejamos que cada una llegue donde quiera, dándole tiempo.

Las veces que me lucí me herí

Madre dice: qué ganás con tanto espamento.

Yo digo: no sé, quizá nada.

Madre dice: pensalo, aunque sea algo, un poco, liviano, un aro o una medalla pesada.

Yo digo: lo que más quiero es lo que me arrastra. Las veces que me lucí me herí. Quedé en cama.

Madre dice: cuándo, dame un ejemplo, no te entiendo.

Yo digo: una imagen en un cuadro imaginario queda fija en el cuerpo, aunque me bañe, la moje, no se va. Terminar un informe, un pulóver, un poema, un problema para dárselo a alguien y que diga, qué lindo, te quiero. El esmero hace que me endurezca, los dedos, la espalda, la cabeza. Entonces, me pregunto si no habrá que pasar desapercibida para que no exista el dolor.

Madre dice: quizá sea cuestión de mimetizarse, copular con el tiempo y ver si, al cabo de un período, se reproducen nuevas criaturas que no sean resultados.

Yo digo: quizá tengamos que pensar que, cuando para los otros vamos bien, estamos mal.

Madre dice: intoxicar las palabras.

Yo digo: la parte puntillosa del silencio.

Madre dice: conservar el calor de una taza cuando terminamos el té.

Yo digo: dejar las manos abrazadas a la loza, calientes, sin trabajarlas.

Madre dice: ni siquiera con la mente. La temperatura de la comunicación.

Yo digo: un jardín con flores de cerámica.

Madre dice: dispuestas por juego o convicción.

Yo digo: empezar a vivir sin esperar respuestas.

Sola, a los 8 años, esperaba el tranvía

Madre dice: nunca entendí por qué me dejaste ir al colegio sola, a los 8 años.

Abuela dice: y por qué no, cuál era el problema.

Madre dice: que era chica, me podría haber pasado cualquier cosa, ¿no te lo preguntaste?

Abuela dice: no y nunca te noté mal por eso. Cómo es el tiempo, un abanico hecho con una hoja plegada, que al desplegarlo, quedan surcos oscuros que permitían una función.

Madre dice: esperar y caminar esas cuadras hasta la escuela. La ciudad silenciosa. Menos mi corazón.

Abuela dice: tu padre salía más temprano para ir a trabajar por eso no te llevaba.

Madre dice: y por qué no me acompañabas vos.

Abuela dice: todos los días bañarme, vestirme, llevarte, volver a casa para salir, nuevamente, a buscarte hubiera sido la ruina. Quién comía.

Madre dice: eso no importaba.

Abuela dice: una familia es una pecera con un tubo que oxigena el agua, si lo apagás la vida se va.

Madre dice: un movimiento eterno.

Abuela dice: dios sabe cuándo y por qué lo interrumpe.

Madre dice: los hombres me miraban, temía.

Abuela dice: pero sabías quién vivía en cada cuadra porque te los presenté para que tuvieras alguna referencia.

Madre dice: de todos, sólo el hombre del kiosco me prestaba la atención que yo necesitaba.

Abuela dice: justo con él que siempre insistí para que nunca intercambiaras miradas ni palabras.

Madre dice: es que era la única persona que parecía entender mi silencio que no era una ensoñación, sino la rabia de que vos y papá me soltaran la mano para cruzar la calle cuando yo no estaba preparada para decir adiós.

Trabajo impago

Prima dice: me pregunto, por qué si los ayudamos tanto a ustedes, ¿no pueden hacer lo mismo por mí?

Tía dice: cómo decís algo así, me herís.

Prima dice: desde chicos, colaboramos con todas y cada una tareas de la casa. Cuanto más grande más tareas: la pileta, la bicicleta, el césped, la vereda. Nunca te pedimos, paganos.

Tía dice: a quién se le ocurre semejante barbaridad. En una casa colaboramos todos sin cobrar. Es un acto de solidaridad constante.

Prima dice: o una avivada. De los adultos para con los niños.

Tía dice: ustedes hacían unas cosas y nosotros, con tu papá, otras.

Prima dice: hasta la casa lo acepto, no así con aquello que se aleja. Cuando papá se quedó sin trabajo, con su indemnización puso un videoclub y ¿quiénes trabajamos? Nosotros. En un local con persiana a la calle, había que tener más fuerza de la que contábamos para levantarla, acarrear la cadena, dejarla trabada, que no se cayera. Plumerear las películas, pasar un trapo con desinfectante al piso y esperar a que se hiciera la clientela. En el mientras tanto, mirar películas para recomendar. Todo eso por cero pesos. En negro. Hijos menores de edad. Además, que hacían ustedes mientras nosotros trabajábamos.

Tía dice: llorábamos. Discutíamos. Nunca tuvimos paz.

Prima dice: y nosotros tampoco. Por eso ahora, que ya pasó el tiempo, fracasó el proyecto, la guerra, te pregunto por qué no podés vender algo de lo que tenés y compartírmelo. Repartir la ganancia, de la cual, yo formé parte.

Tía dice: tenés toda la razón, como la casa en la que vivíamos cuatro personas se la quedó tu papá y yo vivo en un departamento que me lo dio tu abuela, lo venderemos y compraremos dos lugares, dos habitaciones, dos autos, cualquier cosa en la que vivamos de una manera justa, pese a que sea precaria. Mientras hablo, me pregunto, por qué no le pedís a tu padre un departamento, si él se quedó con todo.

Prima dice: porque sabés cómo es.

Tía dice: cómo es papá.

Prima dice: tacaño. Pendenciero. Egoísta.

Tía dice: me pregunto por qué, en cambio de sacarle a él lo que es nuestro, terminaríamos repartiendo una miseria.

Prima dice: no se puede hablar con él, sacarle nada. Me pregunto por qué elegiste a una persona tan difícil de tratar.

Tía dice: ¿también eso me vas a recriminar?

Prima dice: estamos solas, paremos de pelear, si entre nosotras podemos arreglar las cosas, cómo las podemos arreglar.

Tía dice: yo cedo, siempre cedí, como una malla usada desde el primer año de vida hasta la muerte, sin color me quedé por no interponer, entre los otros, mi deseo. Pero me siento como si fuera tu hermana, en cambio de tu madre, que a las dos nos corresponda lo mismo después de tanto trabajo, me deja un sabor ingrato en la boca.

Prima dice: cómo es, ¿será igual al mío? porque yo también lo siento entre los dientes de adelante y la lengua, le hacen un freno.

Tía dice: lo que dijiste antes es así y no es así. Es verdad que trabajaste pero no más que yo, porque, si no te hubiera cuidado, ni siquiera hubieras podido trabajar. Cambié pañales, los lavé, los tendí y festejé cuando los pudiste dejar, como cada uno de tus logros.

Prima dice: yo no pedí nacer.

Tía dice: ¿tan disconforme estás?

Prima dice: a veces sí, cuando alquilo, gano poco, no llego a fin de mes, sólo para caramelos me alcanza, qué proyecto puedo tener que no sea una familia, una casa, un perro, mis hijos.

Tía dice: vos misma.

Prima dice: pero no sé cómo haría, dónde mirarme, ¿si vos tampoco te tuviste? O sí, cómo es tenerte a vos misma.

Tía dice: a upa. Desde que tengo 60 años me tengo en brazos, me muevo de un lado para el otro en un jardín, en el que sólo veo las copas de los árboles, su sabiduría genuina.

Prima dice: lo último que quiero es lastimarte, sos la única persona que tengo cerca de mí.

Tía dice: hagamos un cerco con nuestros brazos, ¿nos bastará que sea de ese tamaño, una parcela para vivir sin reproches?

Prima dice: el cuerpo de una madre y una hija que nunca se abandonan, quizá sea eso la justicia.

Quiero aprender a pedir

Madre dice: pasa algo. Te conozco. Qué te pasa.

Yo digo: tengo que aprender a pedir. Sin enojarme ni herir.

Madre dice: sacá lo que te haga mal.

Yo digo: la primera vez que sentí la intemperie fue al cubrirme el cuerpo, después de una ducha, con la manta de mi muñeco. No había toalla donde estaba. No llevaron una para mí y tampoco me quejé, acepté, me sequé con imaginación.

Madre dice: no entiendo.

Yo digo: ya va, tené paciencia, te voy a contar.

Madre dice: te espero.

Yo digo: a partir de ese día, creí que ella me iba a dar todo lo que necesitara y recorté papeles de colores: dinero violeta, abrazos rosas, trabajo turquesa, amigas naranjas. Conformé mi vida con la forma de una guirnalda.

Madre dice: y qué tengo que ver yo con eso, ¿querés salir de allí, necesitás mi auxilio?

Yo digo: sí.

Madre dice: y cómo hago.

Yo digo: sentada como estás.

Madre dice: lo que vos quieras.

Yo digo: entorno a un teatro no di problemas. Quizá, si me ofrecían hasta respondía: no me hace falta nada, tengo un color, una idea, un mueble hecho de cartones. Y, ahora cuando veo ese lugar absurdo que fue mi mente, me dan ganas de llorar porque la verdad me hizo falta: una toalla que secase, dinero para comprar comida, trabajo para estar entretenida y un abrazo para sentirme querida. Entonces, a partir de este momento, no voy a festejar las cosas que les dan a mis hermanos, lo que para mí es esta tristeza.

Madre dice: lo que le di a una le doy a la otra.

Yo digo: sabés que no es cierto.

Madre dice: qué estás diciendo.

Yo digo: lo que acabás de escuchar. Tus palabras son adornos de un silencio que no quiero más.

Madre dice: y qué puedo hacer, entonces.

Yo digo: dame lo mismo que le das a mi hermana o no contarme nada.

Perejil

Prima dice: cómo que me quisiste abortar.

Tía dice: así como lo escuchás.

Prima dice: y qué pasó, te arrepentiste, no pudiste, qué hiciste.

Tía dice: cuando me enteré que estaba embarazada de una semana, sentí el peso de la unión. Un camión que me pasaba por arriba y quedaba tendida.

Prima dice: espantoso cómo llegué.

Tía dice: no eras vos, mi nena linda, sino un estado del cuerpo después de ser fecundada. Una imposición. Una imposibilidad. Una invasión de mosquitos que, en vez de picarme y morir, me besaban.

Prima dice: un asco.

Tía dice: no es para tanto el sabor de la sangre en la garganta. Pero, aquél, era un sabor que me duró por muchos meses. Empecé con la mente una carrera profunda, nocturna en la que corrí para no pensar hasta caer desmayada, sin moverme de la cama.

Prima dice: qué pasó después, quién te encontró.

Tía dice: mis únicas amigas, las vecinas. Y ellas me recomendaron usar perejil para deshacer el embrión. Lo compré. Entré al baño de casa con la bolsa de los mandados pero no tuve valor de deshacerte.

Prima dice: me da escalofríos cómo narrás.

Tía dice: nunca escupas al cielo. Te puede pasar y no saber qué hacer, a quién contarle o contándole, que te duela lo que te van a hacer. Las piernas de una mujer están hechas de madera y metal, son firmes. Sus alaridos preñan paredes.

Prima dice: y cómo me esperabas.

Tía dice: siempre me pregunté cómo iba a recibir a una beba si me sentía indecisa. Pero te vi y me armé. Como soy ahora estuve con vos. Te abracé, te besé la frente mientras te transmitía: ojalá que todo mi miedo, en vos, se transforme en una acción que ayude a los demás.

A, b, c, d

Prima dice: cuando estoy con ustedes dos no sé quién soy.

Hermana dice: ¿te sentís bien?

Prima dice: no.

Yo digo: por qué.

Prima dice: supongamos que soy la letra a que mira a la letra b y la letra b, en cambio de devolverme la mirada, mira a la c y la c, en cambio de decir algo respecto de alguna de las dos letras previas, a y/o b, se concentra en sí misma, se desentiende de las que estaban antes y de las que la continúan.

Hermana dice: un laberinto de espejos deformados.

Yo digo: tal cual.

Prima dice: me cansé de dar vueltas entre ustedes. Si sigo así nunca voy a armar una oración en la que, por lo menos, entremos dos personas.

Hermana dice: no puede haber una letra sin la otra. Eso sería un anti lenguaje, una onomatopeya, un afecto irracional, por lo tanto un defecto.

Prima dice: exactamente. Las quiero de una manera que no se corresponde con el amor que recibo.

Yo digo: te adoramos. Qué tendríamos que hacer para que nuestro cariño te alcance.

Prima dice: mirarme sin que tenga que gritar, preguntarme cómo estoy sin que tenga que permanecer en silencio por mucho tiempo.

Hermana dice: salir a flote de un vaso lleno de hielo sin que ninguno haga pie.

Prima dice: la verdad es una encrucijada, no sé cómo querer.

Yo digo: por ahí, si en cambio de vernos enteras optáramos por llegar a una orilla de mentira y sólo observáramos los labios morados, temblando de frío en Mar del Plata, obtendríamos una pista.

Prima dice: ¿un recuerdo?

Hermana dice: somos la roca.

Prima dice: la cima de un acantilado que marea mi corazón.

Yo digo: lo único que nos salva del abismo es que miremos el centro de los ojos. Una flor que nunca se extinguirá.

Incomunicada

Abuela dice: vine enseguida porque tuve una intuición. Tu cara adquiriría la consistencia de una témpera negra volcada sobre un plato.

Madre dice: algo pas .

Abuela dice: lo supe. Contame ahora.

Madre dice: vino, golpe  fuerte la puerta y lo atend  con el vigilante puesto. Ni bien vio que algo se abr , puso el pie. Un zapato marrón, en punta, lustrado que hizo que ingresara todo su cuerpo hasta el living de la que ya no era su casa.

Abuela dice: y qué quer .

Madre dice: pedí. Su boca era un túnel que comunicaba lugares conocidos derretidos. No llegaba a entenderlo, eran colores mezclados.

Abuela dice: qué hora era, cuándo se fue.

Madre dice: quer  las nenas y ellas no querían ir con él. Entonces tironeamos la noche. Es  spera. Triste. Su silencio aturde las cosas que pasan.

Abuela dice: desgraciado.

Madre dice: y como quer  llevarse algo, arrancó el teléfono. El cable fue un látigo blanco que golpeaba el aire.

Abuela dice: pero si el aire no entiende los golpes.

Madre dice: yo tampoco.

Abuela dice:  y después se fue?

Madre dice: exhausto.

Abuela dice: y cómo se quedaron ustedes.

Madre dice: asustadas y aliviadas.

Abuela dice: incomunicadas.

Madre dice: al otro día, encontramos el aparato dentro del auto. Parecía un muñeco olvidado detrás de una ventana con reja.

Abuela dice: encarcelado, pobrecito, siendo tan útil.

Quiero tu amor ahora

Abuela dice: quiero tu amor ahora fue una frase que repetí durante toda la vida y él como si nada, seguía con lo que se le aparecía en el momento. Estuve años en un placar, a oscuras, hablar con tu padre fue hablar con un saco. Me cansé de pedir, arrastrar, colocar, una mujer de mi edad jugando a las muñecas.

Madre dice: lo siento.

Tía dice: y qué tenemos que hacer, de ahora en más.

Abuela dice: es la primera vez que no sé qué indicar, sólo tengo palabras para mí misma. Si no me las daba a los 70 años, díganme ustedes cuándo me iban a tocar. Son caricias o cachetadas si seguimos encerradas. Pensé en vender la casa y comprar dos departamentos. Ustedes verán con él qué quieren hacer. El mío lo quiero pequeño, con una ventana a la calle. Sin tener que desgastarme en limpiar, quiero tirar mis cosas, así no más, al llegar.

Madre dice: me encanta.

Tía dice: cuántas tendremos que ser: esposas, sirenas e hijas.

Abuela dice: lo quise tanto pero ya no quiero más mi forma de suplicar: mirame, quereme, llévame.

Madre dice: yo me pregunto cuánto nos quiso.

Tía dice: cómo saber lo que para él es importante.

Abuela dice: siguiendo el camino de los ojos. Los de él nunca se cruzaron con los míos, en el aire, formando una ikebana.

Madre dice: qué lindo lo que decís.

Tía dice: un desperdicio.

Abuela dice: a veces, creés que tenés todo en orden, controlado y, a la primera pasada de un plumero, te das cuenta de que estaba todo enquilombado.

Madre dice: estás cansada.

Tía dice: ¿te puede pasar?

Abuela dice: cómo no, de la palabra amor, cuando es tu propia imaginación. Quiero que el tiempo guíe nuevos entretenimientos.

Chancleta sacada y revoleada

Tía dice: la muerte de mi hijo fue una cachetada, una mano que vino con el envión del pasado y me dejó roja la cara. El día que me vi en el espejo del botiquín del baño, decidí irme de casa. Sin nada más que lo puesto.

Madre dice: y, gracias a mí, tuviste dónde ir. Tuve que pelear con mamá para que sus pensamientos: quedarse con la pensión de papá y la renta del departamento en el que estás, no te abandonaran.

Tía dice: sin vos no sé qué hubiera hecho. Siempre estuviste cerca, de mi lado desesperado. Las veces que fuimos a los hospitales, llenas de pis, caca, sangre, nunca nos inmutamos, siempre agarradas de la mano.

Madre dice: me llamabas a cualquier hora porque no te iba a dejar sola.

Tía dice: hasta ahora, que te llamo todas las mañanas para preguntarte cómo estás y contarte las cosas nuevas que compré, volví a nacer en la elección de cosas simples, tazas de colores.

Madre dice: por suerte decidís a qué hora te levantás, salís, te divertís.

Tía dice: tarde. Todavía pienso la cantidad de veces que mi hijo me dijo: no sé qué carajo hacés vos con papá, usaba esa palabra que yo sentía agresiva, por qué no te vas y, de una vez por todas, sos vos misma.

Madre dice: no tiene sentido volver la vista atrás.

Tía dice: es que todo lo que veo es atrás. Estoy viviendo palabras que me dijeron, cosas que sabía pero no tuve la rigidez que el cuerpo precisa para realizarlas. Me resbalaba. Estoy parada en un par de zapatillas topper de cuero azul. Opté por la gama del espacio, violeta, negro, blanca estrella. Dejé los colores claros en mi casa muerta.

Madre dice: te sacaste un peso de encima.

Tía dice: la vida que tenía era una chanclita deshecha.

Madre dice: o chica, con una espina atravesada en la goma.

Tía dice: me la saqué, la revoleé, me gusta andar descalza por la casa. Hasta la hora de salir a caminar, me pongo éstas, tan cómodas, tan mías, que replico el movimiento de las nubes. Decí, que me costó tanto practicar lo que escuché. Si hubiera puesto en práctica sus palabras, quién te dice, mi hijo estaría acá, disfrutando conmigo.

Un susto en la teta

Abuela dice: ahora te tenés que cuidar. No hacer de más. Ya te dijeron. No levantar peso. Estar tranquila durante siete días. Te pido que hagas caso no como el año pasado, recién operada, hiciste lo que quisiste y al mes terminaste internada.

Madre dice: te prometo que no haré esfuerzos.

Abuela dice: a mí no, tenés que protegerte a vos misma. Lo que fue un susto en la teta, podría haber sido un disgusto. Entonces pará.

Madre dice: yo creo que siempre hice tantos quistes y tumores porque es la manera en la que mi parte más inteligente le revela, las partes más débiles, a mi mente. La última vez que me sacaron uno pedí verlo, ni bien se me pasara la anestesia para comprobar una señal, una palabra que ayudara a entenderme.

Abuela dice: ¿y?

Madre dice: era un engrudo de células. Pegoteados los tejidos sin oxígeno. Qué piola es el cuerpo que hace una escultura para que te des cuenta. Era eso, mami, una parte de mí me mostró lo que necesitaba. Aire, salir de mis propios pensamientos, ir hacia otros, no sé cuáles, los demás.

Abuela dice: urgente, tendrías que hacer algo sólo por vos, sólo por hoy. Como si fuese el primer día del resto de tu vida.

Madre dice: no es para tanto. No me gusta negro o blanco.

Abuela dice: si seguís con la gama de los grises tendrás más cicatrices. Visualizá un cambio radical.

Madre dice: es que, a veces, estoy tan desganada.

Abuela dice: ¿desganada o agotada?

Madre dice: la verdad es que no sé, ni fu ni fa.

Abuela dice: acércate que te voy a transmitir energía. Dame tus manos y cuando yo te diga, descargás con un zapateo fuerte en el piso.

Madre dice: y con esto qué ganamos.

Abuela dice: activar la tierra que te mantendrá firme sin perder soltura.

Fuente de agua hecha con el chorro de una canilla sobre platos para lavar

Hermana dice: estuvo.

Yo digo: no es cierto.

Hermana dice: como pudo.

Yo digo: no estuvo.

Hermana dice: tironeándonos hacia su lado.

Yo digo: un descampado.

Hermana dice: un manantial.

Yo digo: el chorro de la canilla sobre platos para lavar.

Hermana dice: una fuente.

Yo digo: de dolor.

Hermana dice: de trabajo. Él me protege de los ladrones con sus pistolas invisibles.

Yo digo: cuentos.

Hermana dice: desde que se fue siento un ataque constante.

Yo digo: un daño pasado.

Hermana dice: hay más. Yo presiento, detrás de las paredes, las puertas, las ventanas, hay hombres que nos roban.

Yo digo: no hagas tanta fuerza.

Hermana dice: qué decís.

Yo digo: aceptar un apelmazamiento de cosas por hacer. Dos chicas con una madre hacen de más. Se portan bien.

Hermana dice: tus quejas.

Yo digo: me encantaría que la distancia no sea una corriente que nos guía hasta desaparecer.

Hermana dice: un hermoso viaje.

Yo digo: si alguien te sigue queriendo pese a que quieras volver.

Adelante

Madre dice: ir hacia adelante siempre. Aunque no quieras ver. Tapate los ojos con las manos.

Hermana dice: así nunca te abrirías a lo nuevo.

Yo digo: ¿hay algo nuevo atrás?

Madre dice: nunca se acostumbren al bullicio de las palmeras, es pasajero.

Hermana dice: y eso qué tiene que ver.

Madre dice: todo. Ustedes sigan la vida con los oídos, las manos, no hace falta tener una visión.

Yo digo: a tuestas.

Madre dice: con la seguridad de que hay algo bueno para nosotras, donde arribar.

Hermana dice: hechicería.

Madre dice: un alfajor, un vaso de vino, una flor que esté lejos de la cama y tengas que salir a buscarla.

Yo digo: de a poco.

Madre dice: todo llega.

Hermana dice: concentrándote tanto ¿las cosas se dan igual o se cansarán?

Madre dice: si es así, imítá el trabajo que hacen las palomas con la boca.

Hermana dice: son tan bellos los nidos.

Madre dice: combativos. Imparables, un ir y venir del pico al árbol, del árbol al pico y del pico al pico de los demás.

Yo digo: pichones.

Madre dice: la vida se reproduce permanentemente.

Hermana dice: una artesanía eterna.

Madre dice: la supervivencia.

En la pista se ven los caballos

Madre dice: si esta mesa hablara...

Tía dice: es un retrato de nuestras vidas.

Madre dice: la cantidad de personas...

Tía dice: sos tan abierta, una persona pensante y alegre.

Madre dice: con una rejilla, algo mínimo, se pueden hacer cosas tan importantes.

Tía dice: por qué lo decís.

Madre dice: como si fuera una goma de borrar, después de cada visita, queda limpia para comenzar de nuevo una charla.

Tía dice: sos tan abierta, una persona dadivosa y confianzuda.

Madre dice: pero nunca te olvides que me sentí tratada, muchas veces, como una boluda. Te acordás cuando me dejaban a las hijas de nuestros primos, a los hijos de las vecinas, a los chicos a los que nadie les creía. De ellos tengo el mejor recuerdo, también de los animales y las flores son lo más parecido a la felicidad. Yo te hablo de los grandes, de los salamines, de los bolas tristes, de las conchetas que se aprovechan.

Tía dice: mirá si pasaron por esta cocina, como si nada, contaban todo y ni bien una decía algo que no convenía, huían.

Madre dice: en la pista se ven los caballos. Vivir para elegir quién te quiere, quién te usa, quién te cuida, quién te hace daño.

Tía dice: sos tan abierta, mi hermana amiga.

Madre dice: cambiando de tema, sabés que el otro día, me pasó algo parecido a lo que me contaste. Quedó el dibujo de una estrella de mar después de sumergir un paño en lavandina.

Tía dice: es la quiromancia de las amas de casa. La tela capta los sueños de las manos.

Madre dice: estoy tan contenta de que me hayas venido a visitar, si las dos estamos solas, sos la mejor compañía. Qué te parece si, antes de que te vayas, probamos limpiar la mesa para ver si el trapo revela alguna solución a los problemas que tengamos que no hayamos encontrado con palabras.

Pinchar la verdad con un tenedor

Abuela dice: cómo sabés que los libros que lees no te engañan.

Madre dice: lo siento.

Abuela dice: nunca confíes en lo que otros dicen. Primero estás vos.

Madre dice: quizá seamos muchas voces en una.

Abuela dice: sí y no. Aunque seas analfabeta tenés que saber dónde está la verdad.

Madre dice: y cómo te das cuenta.

Abuela dice: son chispazos. Magia. Calor. Es una combustión nunca te sometás.

Madre dice: y qué hacés después de encontrarla.

Abuela dice: pincharla, así mirá, con un tenedor. Te la llevás a la boca, la tragás y ya forma parte de tu cuerpo.

Madre dice: no sé por qué me sacás este tema ahora.

Abuela dice: porque estamos comiendo y tengo oportunidad de hablar sobre cosas que me quedo pensando cuando te veo. Rodeada de libros.

Madre dice: me encantan. Me mantienen.

Abuela dice: son dos cosas distintas, por eso separalas. La verdad no es una comida en la que una mezcla y disfruta de una combinación. Es una, sola, seca, arbitraria.

Madre dice: con lo que me entretiene juntar.

Abuela dice: no son flores, frutas ni palabras.

Madre dice: me parece que estás exagerando.

Abuela dice: no hace falta citar. Explicar lo que no tiene explicación. El hambre. La muerte. La dicha.

Madre dice: a lo mejor hay más de una respuesta.

Abuela dice: no te confundas. Las explicaciones son desviaciones de la acción. Que la tuya tenga el color de tus ojos.

Dobladillo

Tía dice: un dobladillo es mi vida. La parte sin estrenar, que queda escondida en la botamanga de un pantalón.

Yo digo: a la espera de que alguien crezca.

Tía dice: algo. Una esperanza.

Yo digo: el cuello de un vestido expansivo.

Tía dice: una tela que suelta la garganta.

Yo digo: expresar un bocado tragado.

Tía dice: la guerra, mi casa. En la que los gestos eran bromas. Las palabras, una provocación. El silencio, una vigilancia.

Yo digo: lo mejor era pasar desapercibido.

Tía dice: sin hacer bullicio estás muerto. Comer, caminar, sacar cualquier cosa de un ropero ya sos parte de un mínimo chasquido, aunque al otro le moleste.

Yo digo: el amor verdadero de utilizaría. Las cosas acumuladas como trofeos de un esfuerzo sin conciencia.

Tía dice: son capaces de taparte la boca. La cabeza. Te capturan en tu propio dormitorio.

Yo digo: tener un espejo, un tocadiscos, un bastón para saber aprender a divertirse y defenderte.

Tía dice: de los otros y de vos. A veces siento puertas adentro mío que se cierran e impiden escucharme.

Yo digo: abrilas.

Tía dice: ahora, de par en par.

Yo digo: y qué pasa.

Tía dice: nada.

Yo digo: cómo, por qué, cómo puede ser.

Tía dice: ¿será la afirmación o la rebelión de la paz? No lo sé.

Yo digo: son las certezas que generan, siempre, nuevas preguntas.

Palabras levantadas

Madre dice: un bidón de agua derramado no dañó el cuaderno de recetas.

Hermana dice: cómo ocurrió.

Madre dice: se me resbaló de las manos, el muy pesado y, de un momento al otro, esta cocina parecía una pileta.

Yo digo: la comida de una familia sumergida.

Madre dice: de locos. Alrededor era inundación y el tesoro intacto.

Hermana dice: un paladar hecho de múltiples caligrafías.

Madre dice: en él fue donde aprendieron a escribir.

Yo digo: esos momentos extensos entre la preparación de la comida y el acto de probarla.

Madre dice: es una pradera donde me gusta estar.

Hermana dice: cuánto me alegra que no se haya arruinado.

Madre dice: son invencibles sus letras.

Yo digo: buzos.

Madre dice: quizá hubieran flotado mientras las lograba pescar.

Hermana dice: ¿y si no hubieran querido volver?

Madre dice: ya veo que las letras no están en su lugar.

Yo digo: se volverían palabras levantadas que nos enseñan teniéndolas que mirar.

Madre dice: de tanto estar acostadas, encerradas en un cajón, pobrecitas, al final les hubiera venido bien un susto, un chapuzón.

Yo digo: fijémonos. Si el tesoro es como lo imaginamos o hay otro.

Madre dice: temo las hojas en blanco.

Hermana dice: a mí me despiertan curiosidad.

Yo digo: si las recetas no están en el cuaderno ¿significa que de ahora en más tendremos que descifrar letras azules en el aire?

No es no, de acá a la China

Hermana dice: las veces que lloré.

Madre dice: yo te dejaba. Conmigo no se jode, repetía. Andáte al cuarto.

Hermana dice: me echabas.

Madre dice: los hijos se piensan que las madres somos de lata que ellos aplastan con sus demandas. No es no, repetía, como un versito, de acá a la China.

Hermana dice: necesitaba más tiempo.

Madre dice: si te hubiera dado más no comías.

Hermana dice: una silla arriba de la mesa.

Madre dice: se pone una vez por mes en la limpieza general.

Hermana dice: así quería estar.

Madre dice: amar teniendo en mente una disposición: cuatro sillas, un aparador, tres platos como si fueran cuadros.

Hermana dice: distancia.

Madre dice: armonía.

Hermana dice: yo hubiera querido otra cosa.

Madre dice: una muñeca de madera.

Hermana dice: una madre.

Madre dice: nunca está quieta.

Hermana dice: cierta.

Madre dice: quien bien te quiere te hará llorar, quien mal te quiere reír y cantar.

Hermana dice: nunca creí en los refranes.

Madre dice: con lo que te gusta cantar, por ahí es por eso.

Hermana dice: alguien que, en cambio del hacer, disfrute del instante que pasa.

La punta desgastada de un pincel

Abuela dice: tendrías que buscar algo para hacer, te va a venir bien.

Tía dice: es que ya no sé, perdí la cuenta de cómo se trabaja fuera de la casa.

Abuela dice: algo, no sé, vender ropa.

Tía dice: me gusta la ropa y las personas por separado. Comprar y charlar. Pero ganar dinero es otra cosa.

Abuela dice: volver a la docencia. Estar en una escuela con chicos, les vendría bien estar con una persona como vos.

Tía dice: preparar las clases es mucha exigencia y, a esta altura de la vida, quiero divertirme.

Abuela dice: anotate como preceptora, debe ser fácil, así salís.

Tía dice: eso me gusta más. Me veo.

Abuela dice: sino qué te vas a quedar haciendo sola.

Tía dice: había pensado en retomar la pintura pero, todo el día, es una locura.

Abuela dice: lo que es lindo, por mucho tiempo, te termina aburriendo.

Tía dice: además, si supieras, lo que pasa con los pinceles. Tengo que cambiarlos con asiduidad. Los pelos tiesos hacia arriba, a los costados, no sabés lo que me cuesta enderezarlos.

Abuela dice: por eso mismo. Te imaginás, la tarde, peleándote.

Tía dice: me asombra que ellas puedan seguir después de sentirse desgastadas. Me gusta aprender de lo que uso.

Abuela dice: haceles caso, andate para un costado.

Tía dice: seguir sus enseñanzas.

Abuela dice: ¿habrá alguna escuela al lado de tu nueva casa?

Tía dice: ni bien llegue voy a verificar. Encontrar lo que las puntas hacen, me haría admirarlas como si fueran mis guardianas, mis virgencitas.

El corazón de una remolacha

Madre dice: te conozco como si te hubiera parido. Qué pasó, contame.

Yo digo: una remolacha dispuesta sobre un canasto, junto con otras, cuando la levantaba era un corazón, latía, todavía embadurnado con tierra.

Madre dice: ¿y entonces?

Yo digo: entraron los cosecheros. Un hombre y una mujer con guantes y sombreros, me preguntaron: qué hacés acá.

Madre dice: y qué les contestaste.

Yo digo: que ya me iba. Limpiaba. Lo que sé hacer, además de escribir y pintar.

Madre dice: y dónde fuiste.

Yo digo: a otra parte de la casa, común, sin privilegios. Y me topé con una cama en la que, a medida que me estiraba para descansar, querían entrar más personas.

Madre dice: un infierno.

Yo digo: la tía, en ese ínterin, ya aparecía caída, necesitaba una silla y su hija, en vez de darle una segura y cómoda, le acercaba una plegable, de playa. Busqué por donde pude la dura y la senté como una muñeca frente al mar hasta que sus ojos se apagaron.

Madre dice: qué tristeza.

Yo digo: los sueños presentan grumos de realidad, tornillos, piezas pequeñas que hacen que funcionen grandes hazañas. Y después aparecía en un cuarto al que llegaba papá, adiviné con qué.

Madre dice: con qué.

Yo digo: con una remera color remolacha, más colorada que violeta.

Madre dice: él sigue bastante vivo, se ve.

Yo digo: venía a buscar pelea.

Madre dice: por qué.

Yo digo: porque alguien que no quiere hablar sobre algo malo que pasa, ¿qué busca?

Madre dice: una cachetada.

Yo digo: entonces le dije, no voy a abrazarte sin antes hablar. Tu presencia me atraparía en tu boca.

Madre dice: tal cual.

Yo digo: él se enfurecía, se dio vuelta, tocó el picaporte de la habitación y se fue.

Madre dice: ¿y después?

Yo digo: quedaba libre de daño porque me había hecho caso a mí misma. Caminé por un sendero de piedras, me lo puse a mi hijo a upa y nos sentamos en una roca que las olas circunvalaban. Alrededor, veíamos autopistas, camiones, edificios, luces, toda la ciudad desde un refugio de sirenas.

No dar nunca el brazo a torcer

Madre dice: no tenés que avergonzarte.

Yo digo: llegar a un límite.

Madre dice: hubo veces en que manejé con los ojos cerrados. No quería lo que me pasaba. Nunca más.

Yo digo: creer que una parte es el todo.

Madre dice: es una equivocación.

Yo digo: que una cree real.

Madre dice: pero se ablanda. Como cuando ponés un pan duro arriba de un tostador. Al instante es oro, estás comiendo rico.

Yo digo: abrir una puerta cuya respiración traspasa la ranura de la llave.

Madre dice: y abrigarte.

Yo digo: es mentira que el miedo se va cuando lo desnudás.

Madre dice: pensá en los pétalos secos que las personas guardan en los libros.

Yo digo: una caradurez.

Madre dice: nunca dar el brazo a torcer.

Yo digo: frente a la muerte.

Madre dice: a la desesperación.

Yo digo: la vida.

Madre dice: luchar y florece.

Yo digo: una planta.

Madre dice: lleva un tiempo hasta que se acostumbran las raíces.

Yo digo: pero se da.

Madre dice: todo llega cuando menos lo imaginás.

Un carbón roto en el piso

Madre dice: invitar.

Hermana dice: a quién.

Madre dice: a quien sea.

Hermana dice: para qué.

Madre dice: hacer la fiesta.

Hermana dice: ¿no es mucho trabajo?

Madre dice: desplegó el mantel, traé los platos de loza azul, las servilletas blancas planchadas, los vasos, la cubetera.

Hermana dice: hay que aprender a prender el fuego.

Madre dice: tengo carbón. Llamá al que pase.

Hermana dice: esperaré a que alguien golpee la puerta.

Madre dice: los invitados ya llegan, es cuestión de saberlos esperar.

Hermana dice: es difícil maniobrar, el carbón se cae.

Madre dice: y sus piezas quedan juntas aunque estén rotas.

Hermana dice: una familia.

Madre dice: que nunca tomó envión y se acostumbró al piso.

Hermana dice: pero ahora es la hora.

Madre dice: de que cada una coloque una parte debajo de los zapatos.

Hermana dice: qué enchastre los garabatos.

Madre dice: serán letras del futuro.

Hermana dice: entrar y salir. Los anfitriones no descansan.

Madre dice: nunca dejes de escribir con los pies.

Hermana dice: quedará negro el camino.

Madre dice: el alfabeto de los sueños a plena luz del día.

El cielo, las voces, los perros

Prima dice: cómo te sentiste en tu nueva casa.

Tía dice: bien o mal es una respuesta que no puedo dar.

Prima dice: entonces qué hiciste.

Tía dice: pinté sin pensar hasta llegar al retrato de una familia que no existía más, entonces borré con pintura blanca algunas caras, diluí con agua otras, aguanté la respiración para repasar un contorno.

Prima dice: te entretuviste.

Tía dice: después sané.

Prima dice: qué.

Tía dice: pasé del papel a la pared. Y rellené, decoré y restauré los agujeros, las grietas, los desperfectos.

Prima dice: si estaba impecable, a estrenar.

Tía dice: nada es lo que parece. Vista de cerca, sobre cualquier superficie, hay heridos.

Prima dice: me parece que exagerás pero, cómo nunca observé, me callo.

Tía dice: de la pared pasé al barrio, al abandono. Escribí con el mismo pincel, ignorancia y dolor dentro de un pájaro.

Prima dice: y qué manera de ayudar es esa.

Tía dice: dilucidar, que las personas vean de qué lado de la vida están.

Prima dice: vas a terminar presa.

Tía dice: sabés que no, las personas se paraban para verme. Y, mientras les explicaba, terminaba un ala, una pata, un ademán.

Prima dice: quién sabe dónde te llevará todo esto.

Tía dice: lo que vos llamás esto, tiene un título: el cielo, las voces, los perros. Un recorrido-libro-pintura para hacer al aire libre. Sería una forma de compartir lo que estamos aprendiendo hacer y amamos.

Desconocida

Madre dice: el otro día fui a visitarla y no me atendió.

Tía dice: ¿estará loca? Qué pasó.

Madre dice: con dos polleras recién salidas de la tintorería, media docena de facturas y ganas de tomar mate, llegué hasta la puerta de su departamento y, sin abrir la puerta siquiera, me dijo con una voz ronca, aquí no vive más la persona que usted busca.

Tía dice: pero qué más intentaste.

Madre dice: de todo. Imagínate estar cargada y expectante detrás de una madera y que tu propia madre no te reconozca.

Tía dice: esto es raro.

Madre dice: insistí un rato más y después hice silencio hasta que salió, la miré, le pregunté: ¿no te acordás de mí? y ella respondió: señora, ya le dije que no.

Tía dice: ¿y si mintió porque estaba haciendo otra cosa y no quería ser desconcentrada?

Madre dice: en sus ojos había desconcierto. Una campanita rajada.

Tía dice: ¿y ahora?

Madre dice: tendremos que hablar con algún doctor o esperar a que se le pase.

Tía dice: ¿como si estuviese poseída por una voz?

Madre dice: la huella de un zapato sobre el cemento fresco que, al secarse, se llena de hojas. Habrá que sacarlas para saber qué existía una horma antes de pisar, llegar al mundo. Una madre.

Tía dice: ¡qué despiplume!

Madre dice: comenzamos a transitar una estación desconocida.

Tía dice: miles de moras aplastadas en el suelo simulan ser mariposas violetas que descansan.

Madre dice: tendremos mucho trabajo por delante.

Tía dice: despejar la vereda como una verdad sin lastimarnos las manos.

No quiero romperme, enseguida, como una chuchería

Tía dice: la muerte.

Madre dice: no la nombres trae mala suerte.

Tía dice: no quiero romperme enseguida como una chuchería.

Prima dice: por qué sacás ese tema.

Tía dice: para que una no tema.

Madre dice: yo no pienso en eso directamente, estoy en el presente.

Hermana dice: no está mal pensar el más allá.

Yo digo: ir a tierra o transformarnos en ceniza y que nos esparzan en el mar.

Tía dice: lo único que no quiero es ser un juguete, que al mínimo contacto, se raja, se rompe, se descompone.

Madre dice: a veces, no sé en qué pensás.

Prima dice: cómo lo piensa, el camino que hace una palabra con la otra.

Hermana dice: te quiero tanto y más. Sos mi tía predilecta. Espero que seas eterna.

Yo digo: sos única, una flor.

Madre dice: a mí no me vengan con eso ahora. Abro un vino fino y dividimos. Los muertos con los muertos, los vivos con los vivos.

Tía dice: no están separados. Pensá que una muñeca no tiene vida y la hacíamos vivir mirándola.

Prima dice: no se te ocurrirá dejarme sola ahora que ya estoy sin hermano y sin papá.

Tía dice: tenés dos hijas preciosas que son de cerámica.

Hermana dice: yo no pienso en eso, sólo en palabras.

Tía dice: dejá de pensar.

Madre dice: qué culpa tienen ellas.

Tía dice: que son la despedida de lo que estamos viviendo.

El lenguaje de los pájaros

Madre dice: observar el vuelo.

Abuela dice: el benteveo va desde el tendedero a la hoja más alta del álamo. Qué letra escribe en el aire.

Madre dice: una u.

Abuela dice: ahora tenemos que ver dónde va.

Madre dice: será imposible.

Abuela dice: nunca. Traé una escalera y un par de anteojos.

Madre dice: ¿y si no lo vemos más?

Abuela dice: llegará otro.

Madre dice: ¿y si es de una especie distinta?

Abuela dice: lo único que importa es que sigamos el movimiento de los seres vivos.

Madre dice: ¿y cuando no estés más?

Abuela dice: te quedarás con la oración que hayamos leído en este momento.

Madre dice: yo no creo en la transformación de los seres humanos en otras cosas después de la muerte.

Abuela dice: yo tampoco. Mirá, ahí viene uno más. Fijate cómo se posa en el mismo lugar y se dirige al centro de la margarita. Es increíble cómo las flores crecen gracias a la sombra.

Madre dice: te voy a dar algunas así te las llevás.

Abuela dice: no necesito nada cortado. Quiero lo que esté unido como este jardín.

Madre dice: era una manera de hacerte feliz.

Abuela dice: me gusta el lenguaje que no tiene fin, me quita el enojo, quedémonos quietas para entender qué nos revelan los animales.

Harta del arte

Madre dice: te veo lejos de aquí. En un bulevar vendiendo tus obras de arte.

Hermana dice: qué.

Madre dice: que dejes los estudios, verte feliz.

Hermana dice: me tenés harta con el arte.

Madre dice: si te vieras en un espejo que no sean los libros, en los ojos de cualquier persona, te darías cuenta.

Hermana dice: y los ojos de otros qué tienen que ver con la pintura.

Madre dice: todo.

Hermana dice: si mirás a una persona no podés ver una tela.

Madre dice: la tela condensa los ojos mirados y, a su vez, produce que las personas que pasan cerca la vean.

Hermana dice: es lo que vos querés.

Madre dice: lo que daría para no verte encerrada en esta cocina.

Hermana dice: como vos.

Madre dice: como yo.

Hermana dice: por qué te pongo mal.

Madre dice: me gustaría que te abras a las ciudades, los colores, al amor.

Hermana dice: eso lo encuentro sin moverme de la casa.

Madre dice: es cómodo el engaño.

Hermana dice: ¿vos creés que cuando expresamos estar bien estamos mal?

Madre dice: exacto. Tus palabras se burlan de vos, lástima que no te des cuenta.

Hermana dice: las palabras me hacen compañía.

Madre dice: mientras hablás, de espaldas a vos, te sacan la lengua.

Chupa el dedo, succiona la tierra

Tía dice: la pintura es seca, controlable, te ayuda a controlarte.

Madre dice: lo expresás como si hubieras experimentado otras técnicas.

Tía dice: es lo que hice.

Madre dice: y por qué no nos contaste.

Tía dice: ¿ustedes piensan que hablar todo el tiempo es una forma de darme a conocer?

Madre dice: veo que no. Es al revés. Cuanto más hablás más te escondés. ¿Tenés miedo de tu propia familia?

Tía dice: la verdad es que a veces sí. Me juzgan.

Madre dice: qué relación tiene un pasatiempo con un juicio.

Tía dice: es total. Si ustedes no prueban algunas cosas no saben cómo son. Lo que a mí me lleva un tiempo, una dedicación, ustedes me la quitan cuando responden con celeridad por sí o no.

Madre dice: prometo no contradecirte.

Tía dice: me pasó con un paquete de arcilla. Al maniobrarla, sentí que me chupaba los dedos, intentaba sacárselos y era imposible, la tierra estaba viva, temí que me tragara.

Madre dice: con ella no se jode.

Tía dice: gracias por entender.

Madre dice: y cómo te la sacaste de encima.

Tía dice: grité y vino la vecina a abrir la canilla de la pileta de la cocina para enjuagarme las manos.

Madre dice: ¿y te dan ganas de seguir con el arte?

Tía dice: sí, sólo con las témperas. Me gustaría que algún día vieras conmigo lo que pasa cuando volcás un pomo. ¿Puedo hacerlo ahora, justo tengo uno rosado en la cartera, quedará muy bien sobre el fondo verde de la mesa?

Madre dice: está bien, tráelo.

Tía dice: mirá. Qué ves.

Madre dice: quedan caras de minis bebés.

Tía dice: ¡no es increíble cómo la pintura, al liberarla, expresa por sí misma, sin la conducción de un pincel, lo que extrañas!

Una malla estirada

Hermana dice: por qué te fuiste.

Yo digo: porque quise.

Hermana dice: ¿y a nosotras no?

Yo digo: sí.

Madre dice: no tiene nada que ver.

Abuela dice: sí, tiene todo que ver. Si una quiere cerca con su cuerpo el de una familia.

Tía dice: quería probar.

Prima dice: ¿probar qué? Para qué. ¿Qué tan distinto puede ser un lugar?

Madre dice: déjense de joder, ella está bien.

Yo digo: somos una malla amada y estirada. Entramos todas en un disfrute sin tiempo.

Hermana dice: mentira.

Yo digo: por qué.

Hermana dice: te extraño.

Yo digo: yo te quiero sin extrañar. Hago un programa para verte y listo.

Madre dice: sufre el que no tiene coraje.

Prima dice: vos porque no conocés historias peores que la tuya.

Madre dice: yo las conozco, muy bien, por eso hablo.

Hermana dice: no peleen ahora.

Abuela dice: no están peleando.

Yo digo: rosa, verde, azul, violeta, amarilla es la prenda.

Madre dice: que nunca se rompe.

Tía dice: con los colores del cielo entre Buenos Aires y La Plata.

Abuela dice: y todos los árboles que unen nuestros pensamientos.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente